

BOLETIN DOMINICAL

CONSAGRADO A PROPAGAR LA SANTIFICACION DE LOS DIAS FESTIVOS.

DIRECTOR,

D. ZACARIAS METOLA, CANÓNIGO LECTORAL.

Y acabó Dios su obra; y reposó el día séptimo.
Y bendijo el día séptimo, y santificólo.
Gen. Cap. II. v. 2 y 3.

Santificar las fiestas.

(Tercer mandamiento de la ley de Dios.)

Pecado y castigo.

III.

(Continuacion).

El pecado es la causa de todos los males físicos que padecemos. Dejamos con gusto la palabra á un escritor tan profundo como elocuente que pinta de mano maestra los extragos del pecado. «Por mucho que ahonde el hombre en el abismo sin fin de la sabiduría; por alto que se remonte en la investigacion de los mas recónditos misterios, ni se remontará tanto, ni ahondará tanto que sea poderoso para rodear con sus ojos el grande extrago de aquella primera culpa en la que todas las siguientes estaban encerradas como en su fertilísima semilla.» No; no puede el hombre, no puede el pecador, ni concebir

siquiera la grandeza y la fealdad del pecado. Para entender cuán grande es y cuán terrible y cuán henchido está de desastres, era menester dejar de considerarle desde el punto de vista humano, para considerarle desde el punto de vista divino; como quiera que siendo la Divinidad el bien y el pecado el mal por excelencia, siendo la Divinidad una afirmacion completa y el pecado una negacion absoluta; siendo la Divinidad la plenitud de la existencia, y el pecado su absoluto desfallecimiento; entre la Divinidad y el pecado, así como entre la afirmacion y la negacion, entre el bien y el mal, entre el sér y el no sér, hay una distancia inconmensurable, una contradiccion invencible, una repugnancia infinita. El pecado es el supremo mal, el mal por excelencia y el

único que pone horror á Dios y á sus ángeles.

El pecado vistió al cielo de lutos, al infierno de llamas y á la tierra de abrojos. El fué el que trajo la enfermedad y la peste, el hambre y la muerte sobre el mundo. El cavó el sepulcro de las ciudades mas inclitas y llenas de gente. El presidió á los funerales de Babilonia, la de los ostentosos jardines, de Ninive la excelsa, de Persépolis la hija del Sol, de Menfis la de los hondos misterios, de Sodóma la impúdica, de Atenas la cómica, de Jerusalem la ingrata, de Roma la grande; porque, aunque Dios quiso todas estas cosas, no las quiso sino como castigo y remedio del pecado. El pecado saca todos los gemidos que salen de todos los pechos humanos, y todas las lágrimas que caen gota á gota de todos los ojos de los hombres; y, lo que es mas todavia, y lo que ningun entendimiento puede concebir, ni ningun vocablo expresar, él ha sacado lágrimas de los sacratísimos ojos del Hijo de Dios, mansísimo Cordero que subió á la Cruz cargado con los pecados del mundo. Ni los cielos, ni la tierra, ni los hombres le vieron reir, y los hombres, y la tierra, y los cielos le vieron llorar, y lloraba porque tenia puestos los ojos en el

pecado. «Lloró sobre el sepulcro de Lázaro, y en la muerte de su amigo nada lloró sino la muerte del alma pecadora. Lloró sobre Jerusalem, y la causa de su llanto era el pecado abominable del pueblo deicida. Sintió tristeza y turbacion al poner los piés en el Huerto, y el horror del pecado era el que ponía en él aquella turbacion insólita, y aquel paño de tristeza. Su frente sudó sangre, y el espectro del pecado era el que hacia brotar en su frente aquellos extraños sudores. Fué enclavado en un madero, y el pecado le enclavó; el pecado le puso en agonía, y el pecado le dió muerte.

De tal manera amó Dios al hombre pecador, y odió el pecado hasta el punto de que para borrar el pecado y salvar al pecador *no perdonó á su propio Hijo*, sino que le envió al mundo para curar nuestras llagas con sus sacratísimas llagas, para vencer nuestra muerte con su muerte, para aplacar la justicia divina, irritada por nuestras prevaricaciones, con el mérito infinito de su cruento sacrificio, para merecernos las bondades divinas, los favores celestiales, los dones de la gracia y de la gloria, los frutos de la tierra y los del cielo. Y no obstante, el pecado reina en los pueblos, anda erguida la impiedad, y toda car-

ne, como en los días de Noé, ha corrompido sus caminos. Suben hasta el cielo los gritos de la soberbia, y miles de bocas se abren para desafiar con impio lenguaje la cólera del Señor. Se bebe el pecado como el agua, se hace alarde de la culpa, y se celebra el mal, y se aplauden las acciones mas torpes y vergonzosas. No hay freno para las pasiones ni respeto para las leyes de Dios y de la Iglesia. Vemos con amargura profanados los días festivos, violada la ley del descanso, abandonado el cumplimiento de los preceptos eclesiásticos, descuidados los deberes cristianos, y entregados á la codicia los intereses de la conciencia y de la eternidad. Es muy triste y desconsolador el espectáculo de nuestras costumbres públicas y privadas. Pues bien: es preciso no olvidar que hay justicia en el cielo, para castigar las iniquidades de la tierra. Tras el pecado el castigo. Tarde ó temprano el castigo viene sobre los pueblos pecadores, y suele venir en forma de públicas calamidades. Cuando el Señor acrecienta nuestros bienes terrenos; cuando derrama sus bendiciones sobre nuestros campos; cuando agota sus bondades para volvernos á él, para ganarnos por amor, pa-

gamos sus bondades con las mas horrendas ingratitudes, abusamos de los bienes que nos concede gratuitamente y volvemos contra él los dones que nos otorga para su gloria y para nuestra dicha. Y acontece que la abundancia nos hace peores, y entonces viene la escasez, y quizá el hambre, á decirnos con acento que penetra el alma: Sabed que la justicia, que el temor de Dios, que las virtudes cristianas elevan á los pueblos y los hacen dichosos, y que el pecado los hace miserables y desventurados.

IV.

Habla el Evangelio para advertirnos que en vano planta el que planta, en vano siembra el que siembra si Dios no da el incremento; que las cosas de la tierra, la salud, el bienestar, el contento, los frutos sazonados y las doradas mieses son dones de Dios y que todas estas cosas nos las dará por añadidura si buscamos lo primero su justicia y su reino, esto es, si evitamos el pecado y practicamos la virtud; habla la historia para enseñarnos que el pecado es el origen de todas las calamidades que afligen á los pueblos; habla la experiencia para avisarnos de la apre-

miante necesidad en que nos vemos, de aplacar la ira de Dios; habla la razón, grita la conciencia, *dan voces las nubes*, los cielos y la tierra claman contra nosotros, y nada aprendemos; tenemos ojos y no vemos, oídos y no oímos, entendimiento y no queremos entender. *Nolunt intelligere ut bené agant.*

(Continuará.)

Z. M.

VARIEDADES Y NOTICIAS.

Un rasgo de la hermana Rosalía.

¿Habeis oído alguna vez el nombre de la hermana Rosalía..... la santa Supiora del Asilo de la calle l'Épée-de Bois?..... la providencia, durante cincuenta años, del faubourg Saint-Marceau?.... la Gran Cruz de la Legion de Honor?..... ¿No? Pues bien, tal vez otro día os referiré su historia: entre tanto escuchad un pequeño episodio de su vida. El os hará conocer un poco á la hermana Rosalía, y os inspirará el deseo de saber el resto.

Era en París; durante las sangrientas jornadas de Junio de 1848. En lo mas fuerte de la lucha, un oficial de la Guardia móvil que se habia batido con gran arrojo una gran parte del día, conduce sus soldados al ataque de una de las barricadas de la calle Monffetard, situada en la esquina de de la l'Épée-de-Bois, y sube el primero al asalto. Una terrible descarga de los insurrectos, detiene, sin tocarlo, la tropa que le sigue: arrastrado por su valor se adelanta, y se halla solo

al otro lado de la barricada. Rodeado por todas partes, no pudiendo esperar auxilio de sus soldados que lo creen muerto, en la imposibilidad de hacer frente á sus numerosos enemigos, se lanza corriendo por la calle de l'Épée-de-Bois, y, encontrando abierta la casa de socorro, se precipita en medio de las Hermanas de la Caridad como en un asilo sagrado que le ofrece la Providencia. La banda de insurrectos que lo persigue llega á la casa al mismo tiempo que él. A la vista de aquel hombre solo, sin esperanza, á merced de una multitud sedienta de sangre; todas las religiosas, la superiora á la cabeza, se arrojan por un movimiento instintivo entre la víctima y sus perseguidores.

Delante de aquella muralla inesperada los insurrectos se detienen un momento, todos conocen á la hermana Rosalía, y con ella comienzan las negociaciones en alta voz; negociaciones en las cuales, durante mas de una hora, la caridad disputa la vida de un hombre á la venganza. Los invasores se muestran inexorables y mezclan las amenazas mas atroces contra su enemigo, con las expresiones de respeto hácia aquella que, aun en medio de su furor, llaman todavía ¡su buena madre!

—Queremos nuestro prisionero, exclaman: él es quien ha asesido á nuestros hermanos; solo su muerte nos vengará del mal que nos ha hecho.

Y cuando la Hermana les pinta el horror que siente al pensar que un hombre desarmado va á ser muerto en aquella mansion de misericordia.

—Dejad que nos lo llevemos, replican,

no lo mataremos aquí; lo sacaremos á la calle y allí recibirá el castigo de sus crímenes.

Y á pesar de las súplicas, de los ruegos y de las promesas, á pesar de sus exhortaciones á la compasión, los insurrectos avanzan siempre, reclamando su presa, y estrechando el círculo que los separa de ella. Algunos, para conseguir mejor su propósito, apoyan los cañones de sus fusiles contra las espaldas de las Hermanas y amenazan disparar: el golpe mortal va á partir, cuando la hermana Rosalía, cayendo de rodillas á los piés de los insurrectos exclama:

—Cincuenta años hace que os he consagrado mi vida entera: por todo el bien que os he hecho, á vosotros, á vuestras mujeres y á vuestros hijos, os pido la vida de ese hombre!

Ante este espectáculo, ante este grito del corazón, las armas se bajan, los perseguidores retroceden como heridos por el arrepentimiento, un hurra!... de admiración se escapó de sus labios ennegrecidos por la pólvora y lágrimas de enternecimiento brotan de aquellos ojos hasta entonces implacables....

El prisionero estaba salvado!

Y así fué siempre la hermana Rosalía!

V. LE MELÉN.

BALADAS DEL RHIN.

WITIKIND. (1)

Cuando las colinas comienzan á iluminar débilmente—con suaves y sobrosa-

(1) Entre las variadas leyendas que refieren la conversión de Witikind, el jefe Sajon que hizo frente á Carlo Magno durante tanto tiempo, esta es, sin duda, la mas conocida.

dos fulgores de la aurora,—quién es el que se desliza á través de las tiendas—del campamento de los Francos?—Con pasos ligeros, tan ligeros,—como son siempre los pasos del espía, quién se atreve á intentar una secreta empresa? —Es el Sajon Witikind.

El ha sostenido ya contra los belicosos Francos, durante largos años, una lucha sangrienta,—y ha resistido sin retroceder—á: amo de la Cristiandad.—Ahora, atrevido y dispuesto, penetra de noche en el campo enemigo,—después de haber cambiado su cota de cuero—por el humilde traje del mendigo.

De pronto se siente rodeado—de dulces y suaves melodías;—oye cantos y músicas,—al mismo tiempo, á su alrededor.—Admirado se aproxima—atravesada por medio del ejército de sus enemigos—y ve, en lugar de guerreros, devotos,—que no llevan otra arma que la cruz.

Navidad habia llegado,—brillaba la aurora del santo día,—y el alma piadosa del gran Carlos—se llenaba de una alegría profunda.—Para contemplar en tierra pagana—las glorias de la Cristiandad,—habia hecho transformar su tienda—en una grandiosa capilla.

Encima del altar se eleva y resplandece—un trono azul, brochado de oro,—en el cual está sentada la Virgen santa—con el Niño sobre sus rodillas.—A su alrededor brillan los preciosos—y sagrados ornamentos,—y todos los colores, todos los matices,—se armonizan en la majestad.

Delante del altar, el emperador—está ya arrodillado, lleno de devoción y de

fervor;—cerca de él se agrupa la flor de sus valientes,—con ricas coronas de condes.

Las luces, con sus juegos caprichosos, proyectan—un resplandor sonrosado—sobre sus nobles fisonomías,—en el momento en que entra el audaz pagano.

Este se maravilla á la vista de aquellos pares orgullosos,—arrodillados lo mismo que Carlos,—y esperando el alimento celestial—de la santa comunión.—Y se admira mas todavía—de la ausencia de todo sacerdote,—cuando vé... Son los ángeles del cielo los que llegan—vestidos con trajes de una blancura que deslumbra?

Durante el sacrificio de redención; ofrecen—al emperador la hostia—que llevan con pompa—sobre una patena de esmeralda.—El gozo llena las almas—fortalecidas con el pan y el vino consagrados; un cántico de gracias se exhala de mil bocas,—inspirado por la presencia de Dios.

El Sajon permanece extático, unpiadosamente las manos, sus ojos se llenan de lágrimas:—el gran prodigio ha disipado—el odio del astuto pagano.—Avanza, y la multitud—lo acoge con un grito de alegría:—«Da el bautismo á Witikind, Carlos,—para que pueda abrazarte como cristiano.»

PLATEN.

Leemos en *La Fé*:

Contra lo malo lo bueno.

«Todos los dias *Las Ocurrencias* y *Los Sucesos* refieren crímenes y suicidios, cuyos detalles ostentan en láminas y

grabados que la ávida curiosidad del pueblo lee y examina minuciosamente. Esta continua exhibicion de lo malo ejerce dañosa influencia hasta en los ignorantes y que no saben leer; y hubo tiempo en que los periódicos católicos, alarmados ante el continuo aumento de los crímenes, cayeron en la cuenta de que era mas conveniente omitir que referir tan siniestros sucesos á que el espíritu de imitacion y las malas pasiones conducen irrimisiblemente. ¿Porque no oponer á estas miserias de la humanidad, que desalientan y afligen, los hechos buenos y heróicos que la caridad y los nobles corazones poseidos de sentimientos católicos producen, y que la modestia y la humildad de sus autores encubre y oculta tan cuidadosamente? ¿Por qué no recoger del fango de viles pasiones y de cinico materialismo, que nos ahoga, esas piedras preciosas, cuya fulgurante luz resalta y disipa las tinieblas del egoismo, haciendo esperar mejores tiempos para nuestra desventurada patria?

Hé aquí lo que motiva el presente artículo, que quisiéramos fuese de todos conocido y reproducido por la prensa católica, con el único fin de oponer lo bueno á lo malo, lo bello á lo repugnante y feo, la grandeza moral á las apocadas miras y ruines fines de tanta depravacion y desconcierto social.

Tres hechos trae en sus columnas el último *Boletín de la Sociedad de San Vicente de Paul*, tomados de las hojas estadísticas que se remiten anualmente al Consejo Superior de España, que relataremos brevemente en el estilo sencillo y sublime con que están impresos.

«Al subir un sócio de las Conferencias á visitar á un pobre que residia en la buhardilla, oyó una disputa en un piso interior, y supo que, habiendo fallecido el jefe de aquella familia, dejando en la miseria á su mujer y varios niños, los sepultureros se negaban á subir por el cadáver, pretextando la estrechez de la escalera para ir con la angarilla, y querian obligar á la viuda á que bajase el cadáver. Concluida su visita, entró el sócio en la fúnebre habitacion, se dirigió al sitio donde estaba el muerto, y cargando con él lo bajó, lo colocó en la angarilla y salió apresuradamente, dejando suspensos á aquellos hombres tan poco caritativos.»

«Seguía su camino por la carretera un individuo que iba á sus negocios, cuando de improviso, y desde muy cerca, le dispararon un trabucazo. Dios le sacó ileso, y al ver que el asesino huía, corrió tras él, cayó éste al suelo, y al darle alcance le dijo:

—Si no fuera sócio de San Vicente de Paul, aquí acababa tu vida; pero levántate y márchate, que te perdono.

Quiso hacerlo el desgraciado, pero no pudo, porque se le había fracturado una pierna y padecía vivisimos dolores; entonces el sócio le llevó en brazos hasta su casa, sin decir una palabra de lo ocurrido.»

«Un pobre visitado por la Conferencia tuvo una penosa enfermedad que lo condujo á la agonía. El sócio lo asistió con esmero y lo consolaba en lo posible.

—No merezco sus cuidados, antes bien..... si V. supiera quien soy..... Soy un malvado, y si yo manifestase á V. mi

vida pasada, me retiraría su afecto.
—¿Por qué?—le replicó el sócio.—
Nosotros solo vemos en V. un hermano que sufre, y no queremos averiguar sino lo que nos quiera decir.

—Pero hay circunstancias especiales. ¡Si V. supiera! Agradecido estoy á usted, pero no quiero socorra V., y lo diré para mayor castigo mio, al que asesinó á su padre.

Dicho esto, ocultó la cara entre sus manos, y viendo que el socio no se marchaba, se queda atónito.

—Tranquilícese V., hermano, porque eso lo sabia yo al venir á visitar á usted, —fué la respuesta de aquel consócio.»

Si esto no es sublime, y mas que sublime santo, no sabemos donde hallar hoy cosa que se le parezca; pero sí afirmamos que estos hechos tan heroicos hacen bien y dejan una impresion grata y dulce en el ánimo que tarda en disiparse, causando una especial alegría, como si Dios ó un ángel se dignasen, con su invisible presencia, confortar el abatido espíritu.»

El día 29 de Junio último verificóse solemne y públicamente en la iglesia catedral de la Habana, ante el Gobernador eclesiástico y Cabildo catedral, la profesion de fé del Pastor protestante D. Ricardo María Gras y Gomez.

Guerra al Clero.

Dueña la masonería de la mayor parte de los gobiernos de Europa, redobla sus esfuerzos para combatir á la Iglesia y aniquilar á sus mas naturales sostenedores del Clero. Uno de los medios con

que creen combatirla radicalmente es negar la franquicia del servicio militar á los jóvenes seminaristas, para que la libertad de los cuarteles borre paulatinamente la piedad de las iglesias. Bien saben ellos que, quien sirve á Dios y á la Iglesia, sirve á la Pátria, y esto lo han visto en todas las guerras; pero el ódio satánico de secta no admite razones y en todas partes se ha dado el mismo santo y seña: ningún privilegio para los seminaristas. Veamos como discurre un famoso libre-pensador: (Enrique Fouquier) ex-redactor del *XIX Siècle*.

«La ley que suprime las exenciones y dispensas á favor de los grandes seminarios tiene un porvenir incierto. Los unos la llaman ya la ley indispensable, los otros la ley malvada. Seria una cosa muy justa llamarla la ley bestia. Con efecto, yo no comprendo sentimiento mas tonto que el que empuja á los políticos á mirar como una cosa útil el negar la exencion de 1500 ó 2000 jóvenes de que el ejército no tiene necesidad alguna. En vano se habla de patriotismo y de igualdad. Esas bellas palabras, grandes al mismo tiempo, son en los labios de casi todos los que las pronuncian al presente, una pura hipocresía. Hay que desgarrar esos velos y ver las cosas tales cuales son, para poderlas juzgar. Lo que se quiere es corromper al seminarista haciéndolo pasar por el cuartel y de este modo impedir la recluta del Clero, como se le ha amenazado de mucho tiempo á esta parte.»

Monseñor Colomer, Obispo de Apriam, español nacido en Madrid, ha si-

do nombrado Caballero de la Legion de Honor, en justa recompensa de los servicios prestados en la India.

En los salones de la Juventud Católica de Tortosa, se hallan expuestos hasta el 15 de Setiembre los objetos que han de regalarse á Su Santidad, con motivo de sus Bodas de Oro: cuyo valor asciende á 25.000 duros. Acompañarán á estos regalos varios tomos en los que constarán las firmas de adhesion.

Dice un periódico de Madrid:

«Habiendo acordado las lógicas masónicas de Madrid publicar su revista, se han echado á buscar impresor, y segun un periódico, dos de los establecimientos mas acreditados se han negado terminantemente.»

En Lorea se le han perdido á un caballero 18.000 reales, de los cuales han sido devueltos á un cura párroco 5.400, bajo sigilo de confesion, para reintegrarlos á su dueño.

Coleccion

DE
Sermones, homilias y panegiricos,
obra original
escrita

POR EL DR. D. ZACARIAS METOLA Y CUENDE, CANÓNIGO LECTORAL DE LA SANTA IGLESIA METROPOLITANA DE BURGOS.

Cuatro tomos: en rústica 13 pesetas, en pasta 16.

Los pedidos al autor, añadiendo una peseta 50 céntimos para franqueo y certificado.

Imp. CATÓLICA Huerto del Rey, 13.